

## **CARTA ABIERTA DE UN SOBREVIVIENTE DE LA TRAGEDIA DE CROMAÑÓN QUE GUARDÓ SILENCIO DURANTE 18 AÑOS.**

Hace unos días cumplí 40 años. Los números redondos siempre son movilizantes, lo obligan a uno a recapitular. Ésta es la primera vez en 18 años que escribo o digo algo públicamente relacionado con mi presencia en la tragedia de Cromañón. No hay registros, ni fotos, ni relatos, ni nada que me ubique a mí en aquel incendio más que mis propios recuerdos. No hay presencia mía en ninguna marcha, ni en ninguna organización de sobrevivientes, ni en ninguna nota periodística, ni en ninguna demanda judicial. Nada. Oficialmente yo no estuve ahí. La intención de estas líneas es cambiar eso, contar por primera vez mi historia, tener voz. Sin embargo, soy consciente de que mis palabras llegan con 18 años de demora, cuando muchas batallas fueron ya libradas, cuando mucho coraje, solidaridad, y entrega se necesitó. Pido perdón a aquellos y aquellas que pelearon desde el primero momento. Yo no lo hice. No supe cómo, no pude, o tal vez no quise.

En el 2004 tenía 22 años, era un pibe. Soñaba con ser piloto profesional de avión, y estaba absolutamente seguro de que iba a lograrlo; de hecho, era de lo único que estaba seguro en mi vida. Trabajaba duramente para destinar cada peso de mi sueldo a sumar una nueva hora de vuelo en alguna aeronave pequeña, de esas que sobrevuelan el conurbano bonaerense. Subirse a un pequeño habitáculo con alas era algo muy costoso, y aún peor en una economía devastada que había estallado por las nubes apenas tres años antes, dolarizando el precio de todo lo que tuviera que ver con una carrera de aviación. Sin embargo, mi obstinación desafiaba los números y había podido sacar la licencia de piloto privado, luego de vuelo con instrumentos, y estaba a punto de obtener el permiso para volar de noche. La financiación de tal epopeya venía, en una parte, de una modesta ayuda familiar, y en otra, de mi temprano ingreso al mundo del trabajo: había sido remisero en Parque Chacabuco, luego repartidor en un restaurante de Pompeya, y finalmente había conseguido, con la ayuda de mi padre, un trabajo administrativo en el Estado. Vivía con mi familia en un departamento del barrio de Caballito, y me gustaba pasar cada rato libre rodeado de la presencia de mis amigos.

El 30 de diciembre fue un día de calor agobiante, propio de esas olas de aire caliente que vienen del ecuador y dejan la ciudad hecha un horno por varios días (y noches). La banda “Callejeros” estaba de moda, crecía en popularidad entre algunos de mis amigos. A mí particularmente no me gustaban demasiado, creo que los escuchaba para no desentonar con el resto. Sabía que Callejeros haría tres recitales en Cromañón (lugar que yo desconocía), tres días seguidos, a fin de año. Quien era entonces mi novia había ido el día anterior y me había contado que un petardo (o una bomba de estruendo, no recuerdo) había explotado y le había reventado el tímpano a alguien. Se sabía que Cromañón era un lugar donde podían descontrolarse un poco las cosas, aunque no contrastaba demasiado con el mundo de aquel entonces.

Caída la tarde (alrededor de las 19hs) llamó por teléfono un amigo a mi casa, justo cuando yo estaba volviendo de dar una larga vuelta a pie aprovechando el jueves de asueto para la administración pública. De pura causalidad me encontró (aún no era la época de los teléfonos celulares). Me dijo que tenía una entrada de más para el recital de Callejeros de esa noche, que eran cuatro pero que se había bajado uno. Le contesté que estaba cansado, que no tenía muchas ganas de ir. Él insistió porque no quería perder lo que había pagado por la entrada, y yo accedí; después de todo, no era un mal plan. Una hora después yo ya estaba en su casa ubicada en el vecino barrio de Almagro, donde él estaba reunido junto con otros dos amigos. Los cuatro nos tomamos unas cervezas mientras escuchábamos en el equipo de música algunos temas del último disco de Callejeros para ponernos en onda. Por mi parte no conocía esas canciones, claramente mis amigos eran mejores seguidores de la banda que yo. Alrededor de las 21hs nos tomamos un taxi hasta Once, el cual nos dejó en unos pocos minutos en la puerta de Cromañón.

Se escuchaba desde afuera que estaba sonando una banda soporte. El lugar estaba lleno y se rumoreaba que podrían no dejar entrar más gente a pesar de tener entrada. El calor era agobiante y los cuatro vestíamos como lo hacían los pibes de barrio: zapatillas de lona, bermuda y una chomba. Hicimos la fila siendo prácticamente los últimos en ingresar. Nos revisaron de un modo muy exhaustivo, algo poco habitual en mi corta experiencia en otros recitales; nos palparon, nos hicieron sacar las zapatillas para ver que no lleváramos nada dentro. No había forma de ingresar nada. Luego, caminamos por un pasillo que llevaba hasta la parte del fondo del boliche, la más alejada del escenario y la más cercana a una barra donde vendían bebidas. Nos quedamos allí tomando una cerveza para aguantar el calor, ya con la remera colgada del pantalón y observando la escena. El lugar estaba colmado de personas, no entraba un alma; sin embargo esto no llamaba mi atención, puesto que en esos tiempos era muy habitual que sucediera lo mismo en cualquier otro recital o discoteca. El escenario tenía en sus dos laterales dos escaleras que daban a un primer piso, el cual también estaba repleto y parecía funcionar como un “palco” no accesible a las entradas más baratas. Algo muy inusual para un recital de este tipo era la presencia de niños pequeños, la mayoría en los hombros de un mayor, vistiendo remeras de la banda. Mientras se esperaba la tan ansiada aparición de Callejeros, la banda soporte terminaba de tocar y los parlantes comenzaban a reproducir algunas canciones grabadas de La Renga. Cerca del escenario, algunos se empezaban a impacientar y se escuchaban explosiones de tres tiros, bengalas, petardos. Fue entonces cuando tomó el micrófono un personaje muy extraño que hablaba con una voz diabólica y repetía una y otra vez (como un mantra) que si se seguía usando pirotecnia el lugar iba a terminar como el supermercado de Paraguay (en donde unos meses atrás más de trescientas personas habían muerto al quedar atrapadas en un incendio). Yo no entendía si este hombre en el micrófono estaba hablando en serio, ni tampoco sabía quién era. Uno de mis amigos (que tenía más experiencia en recitales que yo) me susurró al oído que se trataba de Chabán, el dueño del lugar; me dijo que era un tipo medio loco, que no le prestara atención a lo que decía.

Finalmente llegó el tan esperado momento cuando Callejeros salió al escenario. El primer (y único) tema que llegaron a tocar hizo exaltar el furor de la gran masa de seguidores y seguidoras. Era el momento para ir adelante, para acercarse a la primera fila y participar del "pogo"; o por lo menos así se vivía el rock entonces. Pero, esa primera canción yo no la conocía, y creo que otro amigo mío tampoco, así que decidimos los cuatro quedarnos a esperar en el fondo al lado de la barra hasta el segundo tema. Sin embargo, unos segundos después, la música se interrumpió. Miré naturalmente hacia adelante esperando ver alguna pelea en el "pogo" que hubiera obligado a la banda a dejar de tocar. Fijé mi vista entre la gente pero no podía encontrar el problema. Entonces, arriba, en el techo oscuro, un pequeño fuego comenzó a extenderse velozmente como un gran círculo. Quienes estábamos atrás de todo, cerca de la barra, empezamos a caminar hacia la puerta por donde habíamos entrado. Caminábamos despacio, con cautela, ya que suponíamos que si llegábamos a salir del lugar no nos dejarían volver a entrar y nos perderíamos del resto del recital. Pocos segundos después empezó a olerse un humo muy extraño que parecía lastimar mis pulmones con cada respiración, al tiempo que la gente empezaba a apurar la marcha ansiosa por salir. Vi a una chica tropezarse dos metros delante de mí y un pibe hizo un gesto para que nadie empujara y así poder ayudarla a pararse nuevamente. Luego de ese gesto, la fuerza de la marea de gente aumentó sorprendentemente y ya no había forma de frenar. La chica quedó en el piso mientras todos pasaban por encima de ella aplastándola sin siquiera notarla. Yo pasé por encima de ella (no pude evitarlo) y pude sentirla en el piso, dándome cuenta de lo terrible de su situación. Inmediatamente se apagó la luz y el lugar quedó en absoluta oscuridad, lo que activó un pánico generalizado ante la imposibilidad de ver hacia dónde había que ir para escapar. Comenzaron a escucharse gritos y el humo tóxico copó todo el aire haciendo imposible respirar. Yo estaba conteniendo la respiración y desorientado sin poder ver, a la vez que sentía que la gente a mi alrededor me iba apretando más y más. En ese momento me di cuenta, lo supe, lo sentí en lo más profundo de mi ser. Me iba a morir en ese instante, había llegado la hora y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Sentí mucho miedo, terror. Sólo alcancé a pensar "no puede ser ahora, no puede ser ahora, yo no debería estar acá". Fue el instante más aterrador de mi vida, el sólo recordarlo hace temblar mis manos mientras escribo.

La marea de gente siguió empujando y me fue llevando hacia la puerta, aquella que conectaba con el pasillo interno que finalmente daba a una segunda puerta con salida hacia la calle (por donde había ingresado más temprano). Antes de llegar a esa primera puerta (que tendría tal vez unos tres metros de ancho) quienes estaban delante de todo se tropezaron por los empujones y los que iban detrás cayeron encima de ellos, y luego los que venían detrás volvieron a caer y así se formó un atolladero que trabó por completo la puerta haciendo imposible pasar. Yo fui de aquellos que cayeron en la tercera línea, por lo que tenía gente debajo y gente encima de mí. El instante en que caí fue el momento en que pude volver a respirar; de hecho, me acordé que alguien me había enseñado que en un incendio había que agacharse porque el humo tendía a subir. A pesar de la pequeña esperanza de

sobrevivir que me inyectó ese primer soplo de aire (que se pareció a cuando uno está aguantando la respiración bajo el agua y de pronto sale a la superficie), vi gracias a una pequeña luz que no sé de dónde provenía (tal vez era una luz de emergencia) que quienes estaban atrapados debajo mío estaban desmayados, y la terrible presión que sentía en el tórax me hizo entender que me pasaría lo mismo en breves segundos. Haciendo mucha fuerza y con un poco de fortuna logré acomodar mi cuerpo para que la presión se dirija de mi cintura hacia abajo. Pensé que probablemente se me romperían la piernas, pero si me mantenía consiente podría tal vez de algún modo arrastrarme con mis brazos por el pasillo interno hacia la salida. Estaba seguro de que si me desmayaba moriría. Había uno, o tal vez dos hombres jóvenes (que yo supuse que trabajaban en el lugar) que trataban desde el pasillo interno de tironear de los brazos a los que estaban, al igual que yo, atrapados en esa primera puerta. Se escuchaban gritos de desesperación y algunas personas para poder salir saltaban por encima de quienes estábamos compactados. Yo, a los gritos, le rogaba que me ayudara al hombre que estaba cerca mío, le pedía que me tironeara a mí. El piso estaba por alguna razón mojado y resbaloso, por lo que la tarea de él era muy difícil, ya que no podía aferrar los pies. Abajo mío, un pibe casi desmayado era tironeado inútilmente por una chica que asumí que era su novia. Cuando el hombre del pasillo interno intentó ayudar a la chica en su tarea se me ocurrió algo. Lo miré a los ojos y le dije gritando, yo te ayudo a sacarlo a él (el chico debajo mío), pero después ayúdame a mí. El movió la cabeza accediendo y lo ayudé a sacar al pibe, que se fue junto a la chica corriendo por el pasillo que comunicaba con la calle. Entonces le grité: “ahora ayúdame a mí”, y como parte de un trato implícito me agarró de la mano y empezó a tirar, mientras que yo hacía muchísima fuerza para desatorarme. No había forma, estaba totalmente trabado. Él me miró a los ojos y con su mirada me dijo “lo siento, lo intenté”. Soltó mi mano y se puso a tironear a otras manos. Yo estaba exhausto, pero no podía llorar ni rendirme, no era una opción. Le grité nuevamente hasta la afonía, le imploré que lo volviéramos a intentar. Él me miró de reojo mientras yo suplicaba, y por algún motivo (que sólo él sabe) volvió a agarrar mi mano. Esta vez tiramos ambos con fuerza, mucha fuerza. Nunca, absolutamente nunca en toda mi vida hice tanta fuerza como en ese momento. Entonces sentí que mis piernas se habían deslizado un poco y recuperé súbitamente la esperanza de salir. Juntos volvimos a tirar, hasta que mis piernas se soltaron del todo y caí adelante, en calzoncillos, descalzo, y con la bermuda por los tobillos. Inmediatamente, sin mirar atrás, sin decirle gracias a quien salvó mi vida (y que nunca supe quién fue), empecé a correr por el pasillo interno mientras me subía los pantalones para no caerme. Llegué a la calle, y me acosté boca arriba en la vereda a respirar mientras mi corazón latía acelerado.

Una vez afuera había vuelto a nacer. La sola idea de volver a entrar por la puerta al mismísimo infierno para ayudar a otros a salir me resultó aterradora, paralizante, inconcebible. No volví a entrar a Cromañón, y eso es algo que no me lo perdoné nunca. Podría, sin riesgo alguno, haber ingresado por ese pasillo interno y tironeado alguna mano desesperada como hicieron conmigo, podría haber salvado a alguien, pero no lo hice, los

dejé, los abandoné. Tengo que vivir con eso. Una vez un psicoanalista me dijo que al salir de Cromañón yo estaba en una situación de estrés postraumático, sin embargo esa explicación no me consuela, todos los que volvieron a entrar para salvar a otros estaban igual, y aún así volvieron. Yo me quedé allí, en la vereda. Y a intervalos cortos iban saliendo otros por la puerta, corriendo y de a uno por vez, del mismo modo que había salido yo unos instantes atrás. Estaban casi desnudos y con manchas negras debajo de la nariz y la boca (producto del humo tóxico). Entonces me puse a ayudarlos: los contenía, los ayudaba a calmarse. Algunos tenían mucha sed y yo buscaba agua de algún lugar y les llevaba. Hasta que una chica que estaba allí afuera ayudando dijo que era estudiante de medicina, y que estaba mal darles agua porque se podían ahogar. Entonces empecé a pedirle al resto de la gente que ayudaba que no dieran agua, simulando de algún modo entender lo que estaba diciendo.

Por la puerta de Cromañón seguían saliendo algunas personas, hasta que cada vez salieron menos, y menos. Y luego empezaron a salir arrastradas por otras, que las dejaban en el piso para volver a entrar y sacar más gente. Vi una chica tendida en el suelo, parecía que no respiraba. Un pibe estaba al lado de ella y me dijo si le podía dar resucitación. Entonces yo traté de hacer algo que alguna vez me habían explicado en la escuela secundaria, y le presioné rítmicamente el pecho y le di respiración boca a boca. Me mantuve unos minutos repitiendo la secuencia, pero no fue como en las películas en que la persona tose y recobra el conocimiento; ahí no pasaba nada. El pibe que estaba al lado dijo en un tono de angustia: “no respira”. Le pregunté si la conocía y me dijo que no, lo que me calmó un poco porque yo temía estar presenciando la muerte de su novia o de su hermana, y no poder hacer nada. Mientras tanto, otras personas seguían sacando cuerpos y los tendían en la calle, uno al lado de otro. La mayoría estaban cuasi desnudos y parecían no tener vida. Intenté darle respiración boca a boca a otro pibe pero casi vomito, porque salía de su boca el olor al humo tóxico que había respirado adentro, un olor que recordé durante años cada vez que acercaba mi nariz a una bolsa de consorcio. No tenía sentido seguir dando resucitación, no pasaba nada, todos parecían muertos. Me paré para pensar, y giré mi cabeza para poder ver toda la escena que me rodeaba. Sólo vi cuerpos en el piso: veinte, tal vez treinta (el recuerdo se me hace muy confuso).

En algún momento empezaron a llegar ambulancias. El personal de emergencia bajaba tubos largos de oxígeno pero se quejaban de no tener mascarillas; todo era muy caótico. Entonces, quienes estábamos ahí, empezamos a subir los cuerpos a las ambulancias para que se los llevaran rápido. Las cargábamos con hasta diez personas, y sólo frenábamos porque el personal de salud nos decía que no entraban más, que no tenía sentido seguir subiendo a otros ya que no los podían ayudar. Yo corría frenéticamente de un lado a otro tratando de hacer algo, de ser útil. La desnudez de los cuerpos le otorgaba a la escena una obscuridad mortuoria. Vi a un niño de unos cinco años tendido en el piso y me estremecí de tristeza. En el caos de la vereda me encontré en algún momento con uno de mis amigos, y

al rato con otro. Ambos me dijeron que habían podido salir al comienzo del incendio, pero que no encontraban al que faltaba (aquél que había llamado por teléfono a mi casa más temprano para invitarme al recital de Callejeros). Supusimos que podría seguir dentro. Luego me separé de ellos para intentar seguir ayudando, sin demasiado sentido, a las personas que sacaban de Cromañón.

Al rato llegaron más ambulancias, y luego los bomberos, la policía, los móviles de televisión. Después de un rato comenzaron a aparecer madres y padres que habían visto en la tele lo que estaba sucediendo y llegaban desesperados. Una mujer gritaba pidiendo por su hija y yo me acerqué para tranquilizarla. Entonces, al ver a esa madre desesperada me di cuenta que podría mi familia estar preocupada, que debía avisarles de algún modo que yo estaba bien. Entonces decidí irme de Cromañón. Corrí como estaba, descalzo y sin remera, rumbo a la Avenida Rivadavia para buscar un teléfono público. Todos los que encontré estaban ocupados con otra gente que estaría en una situación similar a la mía, así que seguí trotando rumbo a Caballito. Al llegar a Avenida de La Plata y Rivadavia le toqué timbre a un amigo que me dejó subir a su casa para que use el teléfono y me prestó una remera y zapatillas. Llamé a mi novia, que al igual que mi familia no sabía que yo había ido a Cromañón, entonces reparé que no le había contado a nadie. Luego llamé a la casa del amigo que me había invitado al recital, aquél del cual aún no sabía nada. Me atendió alguien que me dijo que él estaba internado en un hospital cercano (no recuerdo cuál), y que estaba recibiendo oxígeno. Corté el teléfono y salí corriendo de la casa de mi amigo hasta el hospital en cuestión, donde me encontré en el ingreso con los otros dos amigos con quienes había ido a Cromañón. Los cuatro sobrevivimos. Al rato vino a buscarme en auto mi familia y mi novia, quienes me llevaron a mi casa donde pude acostarme en mi cama y luego de un rato mirando el techo me quedé dormido.

Después de aquella noche mi vida nunca volvió a ser la misma, yo no volví a ser el mismo. No volví a pilotear aviones nunca más, había perdido el sentido ¿para qué esforzarme tanto por lograr algo que estaba tan lejos, siendo que la vida podía terminar en cualquier momento? En cuatro años había destinado mi sueldo entero para lograr algún día ser piloto profesional, algo que nunca sucedería. Me convencí de que no había derrochado inútilmente ese dinero, puesto que disfruté cada hora de vuelo en el cielo, nada cambiaba eso. A los dos meses dejé mi trabajo en el Estado, tampoco le encontré sentido si no era para financiar mi carrera de aviador. También dejé a quien era mi novia, y me alejé un buen tiempo de mis amigos. Me fui a un pueblo de Mendoza ubicado en plena cordillera, donde nadie me conocía, donde nadie podía encontrarme ni saber de mí, y allí busqué reinventarme de alguna manera para poder seguir después de Cromañón. Era mi primera experiencia viviendo solo y la recuerdo muy intensa. Caminando por las calles de aquel pueblo, bañándome con un jarro de agua caliente, comiendo fideos y arroz todos los días, y sin una televisión que me recordara que el país estaba de duelo, me sentía increíblemente vivo y libre. Pero aunque me alejé de todo y de todos, mis pensamientos me persiguieron,

me acorralaron. Unos meses después volví a Buenos Aires en una situación de desequilibrio emocional muy fuerte.

Mi familia nunca me preguntó nada acerca de Cromañón, no saben lo que pasé, mucho menos conocen los detalles de aquella noche, o siquiera lo que significó para mí. La tragedia no se la recuerda ni se menciona el tema en ninguna situación. En la familia en la que crecí los problemas no se hablan, simplemente se simula que no están. Tampoco se expone a la familia públicamente, no se va a una marcha, no se sale en los medios, no se reclama nada, ni siquiera ante el hecho de que un integrante haya pasado lo que yo pasé. Y yo hice lo propio. En 18 años nunca vi una noticia en la tele, un documental, fotos de aquella noche, o siquiera tipié en Google “Cromañón”. No pude. Mucho menos volver a aquel lugar, o juntarme con otros sobrevivientes, o familiares de fallecidos en la tragedia. Los tres amigos con los que fui a ver a Callejeros los seguí viendo muy esporádicamente durante algunos años más, pero nunca saqué el tema de Cromañón en presencia suya ni les conté mi experiencia. Tampoco escuché la de ellos, siendo que aquel amigo que lo tuvieron que sacar inconsciente y darle oxígeno la pasó muy mal y estuvo muy afectado. Simplemente hice como si yo no hubiera estado ahí. Con el tiempo aquella noche del 30 de diciembre de 2004 se volvió para mí una especie de sueño. Pero un sueño que volvía y me atormentaba con la culpa de no haber vuelto a entrar a salvar a otros, con la culpa de haber sobrevivido. Me juré una y mil veces que si el destino me volvía a poner en una situación similar yo sería el último en salir, aunque tal cosa me costase la vida.

El tiempo fue pasando y me tuve que reinsertar en el mundo laboral sabiendo que trabajar sería para mí sólo un sinónimo de subsistir. Ya no había grandes metas a las que aspirar, ni un horizonte o una profesión que me interesara; eso se había ido con los aviones. Una vez un instructor de vuelo me había dicho que los pilotos éramos muy inútiles en el mundo del trabajo, puesto que sólo servíamos para volar, y nada más. Y algo de razón tenía. Los años fueron pasando y aprendí a hacer lo que fuera que me diera un mínimo sustento económico: fui repartidor en moto, trabajé en una empresa de barcos, luego en el call centre de un banco. En el 2007 me fui a vivir a una pequeña casa ubicada en el partido de Moreno, la cual se ajustaba más a mis posibilidades económicas que quedarme en la capital. Cada tanto a algún desconocido que me cruzaba le confesaba como un secreto que había estado en Cromañón; y ante esto siempre me preguntaban lo mismo: “¿para vos quién tuvo la culpa?”. Yo siempre respondía que el destino, que para mí las cosas sucedían a veces de modo muy azaroso, y que simplemente esa noche la suerte nos jugó una muy mala pasada. Nada entendía yo de responsabilidades; qué iba a entender si había crecido en los largos años noventa en donde todo daba lo mismo, en donde nadie era responsable de que explote la AMIA, de asesinar al periodista Cabezas, o de sumergir a la gente en la miseria. Las cosas pasaban porque pasaban, era así, y se las cuestionaba muy poco. Tampoco en mi casa se hablaba de política, o se nos enseñaba la importancia de luchar contra la injusticia; mucho menos en la escuela religiosa a la que me mandaron. Y a pesar de la justificación “del azar”

que le atribuí a Cromañón, fui escuchando aquí y allá, sin quererlo demasiado, que habían destituido al jefe de gobierno Aníbal Ibarra, que Chabán había muerto por alguna enfermedad, e inclusive que Callejeros volvió a tocar (aunque nunca escucho sus canciones).

En el año 2011 mi madre murió luego de una larga metástasis originada por un cáncer de mama. Una de las últimas cosas que me dijo antes de morir fue que ella se arrepentía de no haberme ido a buscar a aquel pueblo de Mendoza al que me escapé después de Cromañón; me pidió que la perdonara, me dijo que ella sabía que yo no estaba bien. Por supuesto que la perdoné, y espero que eso la haya hecho irse de este mundo un poco más en paz consigo misma. Un mes después de su muerte, irónicamente o no, me encontraron un tumor a mí en el cuello. Fue mi turno de enfrentarme a una operación y a un posible cáncer de tiroides. Atravesé todo el proceso sin la ayuda de mi familia, sin molestarlos demasiado, ya que estaban devastados por la muerte de mi madre. Afortunadamente me curé pronto. Sin embargo sentí que el destino me arrinconaba nuevamente, que me recordaba que después de Cromañón todo era tiempo extra de vida. Entonces, al año siguiente, con la ayuda del dinero que heredé más otros ahorros que había podido juntar, me fui nuevamente de viaje continuando lo que había dejado pendiente en Mendoza. Pero esta vez se trató de un viaje largo, muy largo, que entre sus idas y vueltas duró más de cuatro años. Con una mochila en la espalda que llevaba todas mis pertenencias recorrí Latinoamérica (o al menos una parte de ella). Llevaba el impulso de sentirme en deuda con todos aquellos y aquellas que no habían tenido la fortuna de salir de Cromañón. Se los debía. Pero esa deuda me pesaba mucho, me obligaba mientras viajaba a estar todo el tiempo haciendo cosas que me hicieran sentir vivo, era como un fuego por dentro que no podía apagar. Y esas cosas que hacía muchas veces eran arriesgadas, e inclusive peligrosas. Y para poder llevarlas a cabo tenía que ser muy confiado, estar muy seguro de que el riesgo valía la pena, de que no existía nada más que el tiempo presente. Y así, luego de los dos primeros años de viaje, terminé internado en un hospital de Nicaragua con un cuadro de Dengue grave, que me obligó a regresar a Buenos Aires para hacer una pausa. Pero fue tan solo eso, una pausa, porque el fuego de Cromañón seguía quemándome por dentro.

En los primeros días de 2014 conocí a quien es actualmente mi compañera de vida. Ella es una persona con una sensibilidad y una coherencia ética que admiro profundamente. Sabe ver las injusticias allí donde se ocultan, entiende por qué vale la pena luchar por un mundo mejor. Y ella percibió en mí una mirada triste, supo desde el comienzo que había algo que me había marcado aunque yo lo disimulase con una sonrisa entusiasta. La invité a viajar conmigo y ella aceptó sin dudarle demasiado, como lo hacen aquellas personas que no le tienen miedo a lo desconocido o a jugársela por lo que sienten. Y viajar con ella fue sin duda una de las mejores cosas que me pasó en la vida. Me enseñó a conocer otros lugares y otras culturas de un modo mucho más humilde, a respetar y disfrutar la naturaleza, a levantar la voz cuando algo no estaba bien, pero también a reconocer y acompañar las

luchas de tantos otros y otras que pelean por un mundo más justo. Fue la única persona a la que le conté los detalles de la noche de Cromañón, y ella me ayudó a comprender lo que el dolor y la impotencia no me permitían ver; que la tragedia no sucedió por azar, sino que fue el resultado de decisiones humanas, de la estupidez de alguien que prendió una bengala en un lugar cerrado, de la irresponsabilidad de una banda que aceptó tocar en esas condiciones, de la ambición de un gerente que para hacer más dinero llenó el recital por encima de toda lógica de seguridad, de la perversión de quien ordenó poner cadenas en las puertas de emergencia para que no entrara nadie sin pagar, de la negligencia de los funcionarios públicos que habilitaron el lugar, y de la complicidad y corrupción política que fueron necesarias para que todos estos factores se combinaran de un modo tan cruel aquella noche del 30 de diciembre de 2004. Y comprender todo esto me ayudó a darme cuenta que yo también fui una víctima de la tragedia de Cromañón, que aquella noche una parte de mí se fue para siempre y se quedó unida con las almas de todos los pibes y las pibas que nunca salieron.

Entonces pude volver de tanto viaje, pude por primera vez dejar los aviones atrás y pensarme de nuevo, proyectar nuevamente un futuro pero que esta vez no fuese solamente un futuro para mí, sino que implicase también dejarle algo a otros. Y para lograrlo elegí dos caminos distintos, dos caminos que comencé desde cero. Por un lado aprendí a trabajar la tierra sin nunca haber tenido una sola planta, y con mucho empeño me volví un agricultor ecológico familiar, lo que me permite llevar adelante un modesto proyecto en donde enseño apasionadamente a otras personas a cultivar con conciencia sus propios alimentos para que sean más libres. Y por otro lado, ingresé por primera vez en mi vida a la universidad, para estudiar la política y de algún modo poder cambiar las cosas que están mal, para aportar mi grano de arena en la construcción de un mundo más justo. Y muchas voces me dijeron que era grande para estudiar, que esas cosas se hacen en otra etapa de la vida; sin embargo yo elegí este momento y me va muy bien, sorprendentemente bien. El año pasado me postulé como estudiante para una beca de investigación y obtuve el primer lugar de toda la universidad, y aunque a mí las competencias y los puntajes me importan realmente muy poco, no dejo de ver que soy capaz en lo que hago y que tengo mucho camino por recorrer aún. Y así me reinventé, y algunos me conocen como el agricultor que estudia la política, y otros como el estudiante de la política que trabaja la tierra. Ése soy yo ahora.

Y aunque pude finalmente empezar de nuevo después de Cromañón, paradójicamente la vida me volvió a poner a prueba. En el 2018 mi compañera consiguió trabajo en un programa socioeducativo llamado “Patios Abiertos”, el cual funcionaba los días sábado en las escuelas públicas. Ella daba un taller audiovisual para niños y niñas en la escuela primaria N°49 de Moreno. Yo la llevaba todos los sábados en auto porque ella tenía que entrar a primera hora para preparar el espacio. Junto con su compañera Sandra Calamano, que era también la vicedirectora de la escuela, abrían el lugar y dejaban todo listo para recibir a los niños y las niñas del barrio que llegaban a desayunar y jugar toda la mañana.

Sandra era una mujer muy activa, que corría siempre de aquí para allá para que a nadie le falte nada; si era necesario se subía con una escalera a los techos para bajar la pelota de fútbol cuando algún chico la colgaba, o se ponía a limpiar los baños si el piso estaba mojado. Además sabía de política, y tenía las agallas de levantar la voz si hacía falta. El jueves 2 de agosto, cerca de las ocho de la mañana, explotó la escuela 49 de Moreno por una fuga de gas, y Sandra, junto con el auxiliar Rubén Rodríguez, volaron por el aire muriendo casi instantáneamente. Yo vi la noticia por televisión esa mañana y sentí espanto. El instante en que vi la foto de Sandra en el noticiero fue como si todo Cromañón se me volviera encima de nuevo. Nuevamente me encontraba ante la desgracia, que esta vez marcaba para siempre la historia de Moreno, y que conmocionaba a toda la provincia de Buenos Aires y al país entero. Yo sólo pensaba, aterrado, que si la explosión hubiese sucedido tan sólo dos días después habría sido la foto de mi compañera, y no la de Rubén, la que estaría en la televisión junto con la de Sandra. Y encima mi compañera cuando se enteró de la noticia quedó devastada, estaba en shock. Pero esta vez yo no me podía escapar, no podía hacer lo mismo de nuevo. Ahora entendía claramente, a diferencia de cuando estuve en Cromañón, que la desgracia de la escuela 49 era evitable, y que no era el azar sino el desfinanciamiento de la educación pública lo que se cobraba cruelmente las vidas de Sandra y Rubén. Así que junté fuerzas, tragué angustia, y estuve al lado de mi compañera en todo momento mientras ella luchaba en su pedido de justicia. Y junto con ella, y dos trabajadoras más, mantuvimos vivo el espacio de “Patios Abiertos” en un predio baldío que se encuentra al lado de la escuela 49 de Moreno. Allí todos los sábados les dábamos de comer a los niños y las niñas del barrio, mientras organizábamos juegos para que pudieran sentirse contenidos y así elaborar la pérdida. En mi caso se trató de la revancha que me dio la vida, de la posibilidad de pelear y elaborar colectivamente lo que no pude con Cromañón. Y resistimos en ese predio baldío más de 65 sábados, firmes aunque hubiera helada en el invierno, o cuarenta grados de calor en el verano. Y aunque ese tiempo coincidió con el embarazo de mi compañera, ella no abandonó la primera línea de lucha ni siquiera cuando el gobierno provincial la despidió embarazada castigándola por su insistente pedido de justicia. Ella siguió allí firme hasta una semana antes de que nazca nuestro hijo, dando el ejemplo a toda la comunidad de la escuela 49. Luego yo me hice cargo del espacio, convencido de luchar hasta las últimas consecuencias, y si no hubiese sido porque unos meses después la pandemia del coronavirus nos obligó a aislarnos en nuestras casas, aún seguiría ahí. Sea como sea, luego de tanta lucha sentí finalmente que mi deuda con Cromañón había sido saldada.

Y aquí podría finalmente haber dejado la noche del 30 de diciembre de 2004 atrás, podría haber dado vuelta la página. Pero, hace aproximadamente un mes, cuando volvía de la universidad a mi casa escuchando la radio de las Madres, como siempre lo hago, entrevistaron en el programa radial a una sobreviviente de Cromañón (no recuerdo su nombre) que había peleado por justicia desde el primer momento, y que aún lo hacía. Esta vez, por primera vez en mi vida, no cambié de radio y escuché lo que ella tenía para decir.

Y ella dijo varias cosas que a mí me interpelaron y me instaron escribir estas líneas. Dijo primero que, en dieciocho años, todo lo que habían conseguido las organizaciones de sobrevivientes y familiares de fallecidos en la tragedia de Cromañón había sido el resultado de su lucha ineludible por una reparación ante tanto daño, dolor e injusticia, y que el Estado nunca les había dado nada sin que ellos tuvieran que pelearlo primero. Luego dijo que a través de los años se habían enterado de que al menos diecisiete personas que sobrevivieron a la tragedia, y de las que ellos no tenían contacto, se habían suicidado. Y finalmente dijo que los nuevos dueños del local donde funcionaba Cromañón lo habían pintado y remodelado por dentro, con la intención de que vuelva a funcionar, intentando borrar así el recuerdo de aquella trágica noche que se cobró cruelmente la vida de 194 personas, dejó heridas a otras 1500 y que marcó a una generación entera. Dijo que estaban peleando para que el Estado expropiara el lugar para convertirlo en un espacio de la memoria; y la memoria para ella no era sólo el recuerdo de una tragedia evitable que conmocionó al país entero, sino también el reconocimiento de muchísimos héroes y heroínas que luego de salir de Cromañón volvieron a entrar para salvar a otros, en muchos casos costándoles la vida. Entonces finalmente entendí que yo nunca podría dar vuelta la página si seguía manteniendo el silencio, si seguía mirando para otro lado. Y por eso escribo estas líneas, porque la historia de Cromañón nunca estará completa sin todas las historias de las vidas que esa tragedia marcó, y faltaba la mía, faltaba mi voz. Y espero que mis palabras puedan llegar a otros y otras que, al igual que yo, no pudieron a pesar de los años elaborar una desgracia tan grande, y evitar tal vez que más sobrevivientes de la tragedia de Cromañón encuentren como único consuelo quitarse su propia vida. También espero poder acercarme a quienes perdieron a un ser querido aquella noche, y abrazarlos para siempre en su dolor. O acompañar y escuchar a quienes sobrevivieron y que, al igual que yo, sus vidas quedaron marcadas con una herida tan grande. Y finalmente honrar a los héroes y heroínas de aquella noche que volvieron a entrar a Cromañón para salvar a otros, y que también me salvaron a mí. Por último espero reencontrarme con aquel pibe de 22 años que soñaba con ser aviador, y demostrarle que nunca lo olvidé. Pelearé con todas mis fuerzas junto con quienes siempre pelearon para que el local donde funcionaba Cromañón se convierta en un espacio de la memoria. Y cuando ese espacio exista, tendré el coraje de volver a entrar allí, y lo defenderé el resto de mis días para nunca nadie olvide lo que pasó.

Ahora sí estoy listo para gritar: ¡los pibes y las pibas de Cromañón, presentes, ahora y siempre!

Mariano Ezquiaga, sobreviviente de la tragedia de Cromañón.

26 de octubre de 2022